



Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar, Ciudad de México, México.
ISSN 2707-2207 / ISSN 2707-2215 (en línea), enero-febrero 2026,
Volumen 10, Número 1.

https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v10i1

LA EDUCACIÓN GRIEGA Y SUS FUENTES: EL HOMBRE COMO OBJETO DE ESTUDIO

**GREEK EDUCATION AND ITS SOURCES:
MAN AS AN OBJECT OF STUDY**

Emma Carolina Espinosa Fierros

Centro de Estudios para la Investigación y el Desarrollo Humano

DOI: https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v10i1.22595

La Educación Griega y sus Fuentes: El Hombre como Objeto de Estudio

Emma Carolina Espinosa Fierros¹cesideh@gmail.com<https://orcid.org/0009-0005-7127-5487>

Centro de Estudios para la Investigación y el Desarrollo Humano

RESUMEN

El presente trabajo analiza la relación intrínseca entre la educación y la configuración del ser humano desde una perspectiva histórica y antropológica. En la primera sección, se examina el legado de la Grecia clásica, explorando la transición de la educación aristocrática hacia la *Paideia* democrática, impulsada por figuras como los sofistas y el método socrático. Asimismo, se contrastan las visiones de Platón y Aristóteles respecto a la formación del ciudadano en el marco de la *polis*. En la segunda parte, el estudio se desplaza hacia la antropología contemporánea, fundamentándose en el enfoque gnoseológico que sitúa a la racionalidad como la diferenciación específica del género humano. A través de este análisis, se demuestra que la racionalidad no es solo un rasgo cognitivo, sino el motor que coloca al hombre en la cúspide de la supervivencia mediante la modulación cultural y la unidad psicofísica. Se concluye que la educación actúa como el mecanismo indispensable para la actualización de las potencias humanas, consolidando al individuo como un proyecto inacabado que alcanza su plenitud mediante la integración de su biología, su psique y su entorno social.

Palabras clave: antropología pedagógica, educación formal, racionalidad, paideia, supervivencia

¹ Autor principal
Correspondencia: cesideh@gmail.com

Greek Education and its Sources: Man as an Object of Study

ABSTRACT

This paper analyzes the intrinsic relationship between education and the configuration of the human being from both a historical and anthropological perspective. The first section examines the legacy of Classical Greece, exploring the transition from aristocratic education to democratic *Paideia*, driven by figures such as the Sophists and the Socratic method. Furthermore, it contrasts the visions of Plato and Aristotle regarding the formation of the citizen within the framework of the *polis*. In the second part, the study shifts toward contemporary anthropology, based on a gnoseological approach that identifies rationality as the specific differentiation of the human species. Through this analysis, it is demonstrated that rationality is not merely a cognitive trait, but the engine that places humanity at the peak of survival through cultural modulation and psychophysical unity. The paper concludes that education acts as the indispensable mechanism for the actualization of human potential, establishing the individual as an unfinished project that reaches fulfillment through the integration of biology, psyche, and social environment.

Keywords: pedagogical anthropology, formal education, rationality, paideia, survival

*Artículo recibido 20 diciembre 2025
Aceptado para publicación: 23 enero 2026*



INTRODUCCIÓN

El hombre como objeto de estudio

Para comprender la filosofía griega en la educación, debemos entender primero cómo concebimos al ser humano. La antropología, como ciencia, utiliza métodos rigurosos y analiza datos para estudiar al hombre en su dimensión biológica y sociocultural, así como en la compleja relación mente-cuerpo. Esta disciplina responde al *cómo, cuándo y por qué* del fenómeno humano en un tiempo y espacio determinados.

Sin embargo, desde la antropología filosófica, se busca una validez universal que trascienda las culturas para responder preguntas esenciales: *¿Qué es el hombre?* o *¿Cuál es su posición ante el mundo?* Estas interrogantes delimitan el fenómeno de lo humano y originan cosmovisiones que dan significado a nuestra existencia. Son historias de "hombres de carne y hueso" que dejan rastro y testimonio de su paso por el mundo. Bajo esta mirada, la educación griega no es solo un registro histórico, sino una respuesta filosófica a la pregunta de cómo debe vivir el ser humano (Pérez, 2011).

DESARROLLO

Fuentes de la educación griega

Los griegos legaron un vasto conocimiento a la educación occidental, fundamentado en fuentes documentales y evidencias históricas que permiten rastrear el origen de su pensamiento educativo. Al respecto, se identifican a Platón y Aristóteles como las figuras paradigmáticas de la instrucción griega, aunque muchas obras originales han llegado a nosotros de forma fragmentada o poco precisa.

Reforzando esta base documental, las obras de Platón e Isócrates emergen como fuentes filosóficas de valor incalculable para el legado pedagógico occidental. No obstante, es en Aristóteles donde se observa una organización metodológica más robusta y sistemática. Su enfoque lo posiciona como un explorador e investigador incansable del mundo sensible para la construcción del conocimiento, sentando los principios de lo que más tarde se consolidaría en la educación como el método científico.

Bajo la premisa de que el alumno no solo supera, sino que complementa al maestro, Aristóteles expandió de manera magistral las enseñanzas de Platón. Al transitar del idealismo hacia un realismo basado en la observación, propuso una formación educativa caracterizada por el rigor y el método,



consolidando una estructura pedagógica que equilibró la abstracción filosófica con el estudio empírico de la realidad.

Como fuente primordial, la *Iliada* y la *Odisea* de Homero —consideradas "la Biblia de los griegos"— establecieron el ideal dual de la educación: la destreza en las armas y en las letras, la acción frente a la contemplación, y la espada junto a la pluma (García, s.f.). Este equilibrio es el precursor de lo que hoy denominamos humanidades y ciencias. Asimismo, textos de Hesíodo y grandes dramaturgos como Esquilo, Sófocles y Eurípides ofrecen una visión fundamental sobre la práctica aristocrática y los aspectos cotidianos del ideal educativo.

El legado de los sofistas y el giro hacia la educación formal

La influencia de los sofistas, como Protágoras, Gorgias e Hippias, fue determinante para el nacimiento de la pedagogía. Estos maestros itinerantes son considerados los fundadores de la educación formal, al entender el fenómeno educativo como un proceso consciente destinado a fortalecer la *areté* (virtud) y la formación intelectual para el funcionamiento de la *polis*.

A diferencia de este enfoque, Sócrates surgió como un crítico que no cobraba por sus enseñanzas. Mediante su método irónico y la mayéutica, buscaba la verdad intrínseca en cada individuo, lo que incomodaba a las élites que veían en la educación un privilegio de control social. Su estilo fomentó un espíritu crítico en los jóvenes, sentando las bases de una educación orientada al despertar de la curiosidad y el razonamiento.

Bajo esta perspectiva, destacar la trascendencia de los sofistas como fuente esencial en la educación griega resulta ineludible. Entre sus figuras más prominentes se encuentran, además de los ya mencionados, Pródico de Ceos y Trasímaco de Calcedonia. Estos maestros recorrían extensos caminos antes de establecerse en Atenas, travesías que forjaron en ellos un espíritu libre y, a menudo, transgresor. A ellos se les atribuye no solo el inicio de una corriente de pensamiento que fructificaría en las épocas clásica y helenística, sino también un dominio excepcional de la tradición filosófica y el lenguaje (Espinosa, 2006).

Al respecto, Ramírez (2014) señala que las contribuciones más sobresalientes de este grupo fueron el desarrollo de una instrucción estructurada y la decisión de depositar en la formación intelectual las bases



para el buen funcionamiento ciudadano, adelantándose así a lo que hoy en día se observa en las bases de las instituciones educativas.

No obstante, el ideal educativo griego no se agotó en la sofística; se nutrió también de fuentes literarias fundamentales. Junto a Homero y Hesíodo, pilares de la época arcaica, autores como Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes y Tucídides aportaron testimonios invaluables sobre los aspectos cotidianos y las aspiraciones pedagógicas que definieron la identidad helénica (Espinosa, 2007).

La conformación del Estado ateniense: El nacimiento de la educación pública

Históricamente, la educación en la antigua Grecia fue un privilegio exclusivo de la aristocracia, donde los sofistas actuaban como los encargados de instruir a las esferas nobles a cambio de remuneración. Sin embargo, este modelo encontró un punto de inflexión en la figura de Sócrates. A través de la ironía y la mayéutica, Sócrates desafió el control social de las élites al buscar una verdad intrínseca en cada individuo. Su método, gratuito y ejercido en las plazas públicas, fomentó en los jóvenes un espíritu crítico y cuestionador que el gobierno de la época calificó de rebeldía. Al enseñar a la ciudadanía a "pensar" y plantearse preguntas, Sócrates sentó las bases de una educación concebida como un bien público y universal.

Con la consolidación de la democracia, surgió la necesidad de un sistema educativo que sustituyera la antigua *areté* aristocrática por ideales ciudadanos. Fue en este momento cuando la iniciativa privada cedió terreno ante la pública, extendiendo la formación a todo ciudadano libre. De esta transición emergió el concepto de Paideia, entendido como el mecanismo para superar los privilegios de clase y democratizar el conocimiento (Espinosa, 2007).

La Polis y el rol del Estado en la formación del individuo

En este contexto, la *Polis* —entendida como la organización social y política— asumió la responsabilidad de proponer y ejecutar las leyes que garantizan el orden y el desarrollo. Filósofos como Platón propusieron que la educación debe ser una atribución exclusiva del Estado; para él, los hijos de los ciudadanos pasan a ser responsabilidad de la comunidad política para asegurar una formación alineada con el Bien Común. Esta visión ha permeado hasta la actualidad, fundamentando el papel del Estado moderno en la provisión de escenarios y actores para la educación pública.



Desde su perspectiva política, Platón estableció una analogía entre el Estado y el alma humana. Según su sistema, el Estado es una "persona moral" compuesta por tres estamentos que deben sujetarse a la razón:

La parte racional: Integrada por los filósofos (gobernantes).

La parte irascible: Representada por los hombres de armas (guardianes).

La parte concupiscible: Conformada por productores y comerciantes.

Bajo este esquema, el fin último de la educación es construir un Estado perfecto, formando gobernantes capaces de dominar sus pasiones y alcanzar la verdad (Chacón, 2012).

Por su parte, Aristóteles complementó esta visión al definir al ser humano como un *Zoon Politikón* o animal político. Para el estagirita, la convivencia en sociedad no es accidental, sino vital. La *polis* surge como una comunidad política necesaria donde el ser humano, al desarrollar un código moral y vivir bajo la ley, alcanza su verdadera estatura humana. Así, la educación se convierte en el vehículo indispensable para que el individuo participe activamente en la vida de la comunidad y garantice la coexistencia social (Espinosa, 2007).

La formación integral: Entre la virtud política y la trascendencia del alma

Bajo este modelo de Estado, Aristóteles planteó que la educación debe ser, ante todo, una responsabilidad pública y uniforme. Para el estagirita, el sistema educativo no debe ser un asunto de iniciativa privada, sino un proyecto común, dado que todos los ciudadanos pertenecen a la *polis*. En este sentido, propuso una formación integral que abarca tres dimensiones fundamentales: la física, mediante la gimnasia para fortalecer el cuerpo; la moral, para la forja del carácter y la virtud; y la intelectual, destinada al cultivo de la razón. Esta estructura busca que el individuo no solo sobreviva, sino que aprenda a vivir bien dentro del marco social.

Por otro lado, la propuesta de Platón añade una profundidad antropológica esencial al proceso educador, influenciada por las corrientes del orfismo. Para Platón, el ser humano es una dualidad compuesta por un cuerpo material (*soma*) y un alma divina y eterna (*psyche*). Desde esta perspectiva, la educación se entiende como un proceso de "desalienación" o liberación: el alma, que se encuentra atrapada en las limitaciones del mundo sensible y las pasiones del cuerpo, debe ser guiada hacia el conocimiento de las verdades eternas. Así, el acto de educar trasciende lo meramente instructivo para convertirse en una



medicina para el alma, permitiendo que el individuo se desprenda de lo material y alcance la verdadera virtud a través de la razón.

Conclusión del ideal griego: El hombre como síntesis del proceso educador

En última instancia, la educación griega no se limitó a la transmisión de conocimientos técnicos o políticos, sino que representó el primer esfuerzo sistemático por desentrañar la esencia humana. La transición de la *areté* aristocrática a la *paideia* democrática demuestra que el estudio del hombre ha estado siempre ligado a su capacidad de ser moldeado por la cultura. Como hemos visto, desde la dualidad platónica hasta el realismo aristotélico, el pensamiento griego estableció que el ser humano es una entidad inacabada que solo alcanza su plenitud mediante el aprendizaje consciente y el ejercicio de la razón.

Este legado nos obliga a desplazar ahora el enfoque de las instituciones hacia el sujeto mismo. Al cerrar este recorrido histórico, queda claro que para comprender la educación actual es necesario volver a la pregunta fundamental: ¿qué es el hombre? Este interrogante nos aleja de la cronología de las civilizaciones para adentrarnos plenamente en la antropología pedagógica, donde el ser humano deja de ser un simple espectador de la historia para convertirse en el objeto central de estudio; un ser definido por su racionalidad, su adaptabilidad y su incesante búsqueda de significado en el mundo.

El estudio del hombre desde la pluralidad científica y filosófica

“El enfoque empírico-positivo se ha desarrollado específicamente en otros campos científicos, como la antropología de la educación, la antropología cognitiva, la antropología lingüística, antropología política, etc.” (Pérez, 2011, pág. 36). Esta diversificación del saber nos permite diseccionar la complejidad humana desde ángulos especializados, pero a su vez, nos obliga a buscar una síntesis que unifique al sujeto. Para lograrlo, es necesario entrelazar tres dimensiones fundamentales:

En primer lugar, la antropología biológica se nutre de estos campos científicos para situar al hombre como un organismo evolutivo. Desde esta perspectiva, somos el resultado de una adaptabilidad biológica y cognitiva que nos permite procesar el lenguaje y organizarnos políticamente. Sin embargo, lo biológico es solo el soporte; es la "materia" que espera ser moldeada.

En segundo lugar, la antropología filosófica trasciende el dato empírico para cuestionar el sentido de esas capacidades. Si la antropología cognitiva estudia *cómo* pensamos, la filosófica se pregunta *qué*



significa ser un ser que piensa y que es consciente de su propia finitud. Es la dimensión que analiza nuestra posición en el cosmos y nuestra libertad frente a los instintos biológicos.

Finalmente, la relación mente-cuerpo en la actualidad unifica estas visiones al superar los antiguos dualismos. Hoy, gracias a los avances en las neurociencias y la psicología, comprendemos al ser humano como una unidad psicofísica integral. Lo que sucede en nuestra biología (el cuerpo) afecta nuestra psique (la mente) y viceversa. En la educación contemporánea, este enfoque es crucial: no se instruye a un cerebro aislado, sino a una persona completa donde la emoción, la salud física y la capacidad intelectual operan como un solo sistema.

Esta pluralidad de enfoques científicos nos conduce a una conclusión fundamental sobre nuestra naturaleza. Como señala el autor, “en este plano gnoseológico, el ser humano queda delimitado dentro del género animal por la racionalidad humana como diferenciación específica” (Pérez, 2011, pág. 36). Esta distinción no es solo un rasgo intelectual, sino la facultad que nos permite integrar nuestras dimensiones biológica, filosófica y psicofísica en una identidad única y operativa.

Esta condición nos coloca en la cúspide de la supervivencia: como seres racionales, no solo reaccionamos al entorno, sino que usamos el pensamiento y el lenguaje para el progreso y la evolución. A diferencia de otras especies, cuya subsistencia depende de instintos rígidos o defensas biológicas limitadas, el ser humano posee una plasticidad cerebral que le permite transformar el medio ambiente en lugar de solo adaptarse a él. Estar en esta "cúspide" implica que nuestra mayor herramienta de defensa no es la fuerza física, sino la capacidad de anticipar problemas, diseñar herramientas complejas y, sobre todo, transmitir ese conocimiento a través del tiempo.

“En síntesis por la educación, se lleva a cabo la modulación cultural de lo biológico. Y también, gracias a la educación, aumentan sus posibilidades de creación, argumentación y crítica, de individualización y desarrollo personal, en un proceso que dura toda la vida, y es a su vez generador de cultura” (Pérez, 2011, pág. 39). Es el elemento que faculta al ser humano para dejar de ser un simple organismo biológico y convertirse en un sujeto capaz de crear arte, leyes y ciencia. Sin embargo, esta posición privilegiada es frágil: depende enteramente de la educación. Si el proceso de transmisión cultural se detuviera, el ser humano perdería la ventaja competitiva que su "diferenciación específica" le otorga,

regresando a un estado de vulnerabilidad biológica. Por ello, la educación es la garantía de que la racionalidad siga operando como nuestra principal estrategia de vida.

Hacia una síntesis del fenómeno humano: El ser como proyecto inacabado

Al analizar la trayectoria que nos ha llevado desde la racionalidad como diferenciación específica hasta la cúspide de la supervivencia, queda claro que el ser humano no es una entidad estática, sino un proyecto en constante construcción. La biología nos proporciona el equipo necesario, pero es la cultura, mediada por la educación, la que determina el alcance de nuestras capacidades. En la actualidad, esta síntesis se manifiesta en nuestra habilidad para integrar las herramientas tecnológicas —como las TIC— no solo como prótesis externas, sino como extensiones de nuestra propia capacidad cognitiva y relacional.

Este estudio del hombre nos revela que nuestra naturaleza es, paradójicamente, la plasticidad. Somos el único animal capaz de reflexionar sobre su propia biología y de cuestionar sus propios sistemas de pensamiento. Por tanto, el estudio del hombre no concluye con una definición cerrada, sino con el reconocimiento de que somos seres que habitan simultáneamente en el plano de lo orgánico, lo psíquico y lo social. Esta tridimensionalidad es la que permite que, a pesar de nuestras limitaciones físicas, sigamos expandiendo las fronteras de lo posible a través del conocimiento.

Con esta visión integral del sujeto —racional, biológico y cultural—, estamos listos para extraer las conclusiones definitivas de este recorrido. Entendemos ahora que educar no es solo transmitir datos, sino asegurar la continuidad de nuestra especie en esa cúspide evolutiva, dotando a cada individuo de las herramientas para ser, en palabras de los clásicos, un verdadero arquitecto de su propia humanidad.

CONCLUSIONES

La educación como esencia de lo humano

A lo largo de este análisis, hemos trazado un arco que une el pensamiento clásico con las exigencias científicas de la actualidad, permitiéndonos llegar a las siguientes consideraciones finales:

La educación como proceso consciente: El legado de los sofistas y Sócrates nos enseñó que la educación no es un accidente, sino un proceso intencional. La transición de la instrucción aristocrática a la *Paideia* democrática marcó el nacimiento del ciudadano; hoy entendemos que esa "formalización"



de la enseñanza es lo que permite que el individuo trascienda su entorno inmediato y participe activamente en la construcción de la sociedad.

La racionalidad como motor evolutivo: Siguiendo el plano gnoseológico propuesto por Pérez (2011), la racionalidad es nuestra "diferenciación específica". Esta capacidad es la que nos sitúa en la cúspide de la supervivencia, permitiendo que el ser humano no solo habite el mundo, sino que lo transforme a través del lenguaje, la técnica y el pensamiento crítico. Sin la educación, esta racionalidad quedaría latente, privando a la especie de su mayor ventaja competitiva.

La superación del dualismo: Las visiones de Platón y Aristóteles, aunque divergentes, sentaron las bases para comprender que el hombre es una unidad compleja. Las conclusiones actuales de la antropología biológica y filosófica coinciden en que somos una unidad psicofísica. No podemos educar la mente ignorando el cuerpo, ni entender la biología sin atender a la psique. El éxito de la pedagogía moderna reside en tratar al ser humano como un ser integral y tridimensional.

El hombre como proyecto inacabado: Finalmente, se concluye que la educación es la "segunda naturaleza" del hombre. Al ser un animal con plasticidad cerebral y apertura al mundo, el ser humano nunca está "terminado". La educación es el mecanismo que garantiza la modulación cultural de nuestra biología, asegurando que el progreso acumulado por generaciones no se pierda y que cada individuo tenga la oportunidad de alcanzar su propia plenitud o *eudaimonía*

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Chacón, P. . (2012). El sustrato platónico de las teorías pedagógicas. . *Tiempo de Educar*, 13 (25), 139-159.

Espinosa, E. D. (2007). *La educación griega y sus fuentes: aproximación a las épocas clásicas y helenísticas en Atenas*. *Revista Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, pp. 117-134. Obtenido de <https://revistas.uned.es/index.php/ETFII/article/view/4447/4286>

García, C. (s.f.). Homero, educador de occidente. *Revista Herencia.*, 59-66.

Pérez, P. M. (2011). Antropología: contribución al estudio de la educación. *Revista Portuguesa de Pedagogía.*, pp. 35-43.

Ramírez, I. E. (2014). El pensamiento educativo de los sofistas. . *Filosofía UIS*, 13 (1), 59-72.

